

intente algo, sabiendo la poca fuerza que aquel puerto tiene. La segunda compañía volante de Tamaulipas, se halla en Lipantitlan muy espuesta, y necesita igualmente de apoyo; y el general Cos, me ha manifestado la poca utilidad que se puede sacar de las tropas que trajo de Béjar mientras no se organicen, vistan, instruyan y se les quiten las aprensiones que concibieron de resultas del triste desenlace que tuvieron la operaciones de Béjar: en tal concepto, creo será conveniente que dicho general las conduzca á Matamoros, para que al mismo tiempo que sirvan alli de guarnicion, adquieran mas instruccion y su moral se reanime, para lo que solo espero su respuesta de V. á mi nota del 20.

“Todo cuanto se ha dicho respecto de Ugartechea y D. José Juan Sanchez, es falso, pues estos se han conducido con el honor que corresponde á sus clases: lo que hubo en el particular, es, que la guarnicion se desalentó al ver el refuerzo que les fué compuesto de hombres amarrados en lugar de soldados diestros y agueridos, y de seiscientas bocas inútiles mas que consumiesen, de una vez los víveres.

La necesidad me ha obligado á ser muy largo y fastidioso: soy naturalmente difuso, porque siempre no esplicarme lo bastante; pero V. mi buen amigo y favorecedor, lo dispensará todo con su genial bondad, al que es su apasionado amigo y servidor Q. S. M. B.—*Vicente Fillosola.*”

P. D.—Estaba ya puesta ésta, cuando he recibido un extraordinario con los duplicados de

sus órdenes y cartas del dia 20, y ademas un aviso de que un capitan del regimiento de Veracruz me entregará treinta mil pesos; pero ninguna otra cosa se de tal dinero y capitan aunque salió de esa el dia 14, segun el oficio dicho.

Las observaciones hechas en esta carta no podian ser, en nuestro concepto, mas exactas; pero era preciso obedecer al general en gefe; y como este dió orden para que la seccion del general Ramirez y Cesma comenzase á pasar el rio el dia 4 de Enero, ya se estaba practicando esta operacion, cuando se recibió la comunicacion siguiente:

#### GENERAL EN GEFE DEL EJERCITO

##### DE OPERACIONES.

*Ejército de operaciones.*—“Exmo. Sr.—Quedo impuesto por el oficio de V. E. de 21 del actual de todos los pormenores que en el me relata; y contestando á lo primero, le digo: que ya prevengo al general D. Martin Perfecto de Cos; marche con todos los individuos que reuna á sus órdenes á la ciudad de Monclova, á donde deberá reponerse; para lo cual puede V. E. prestarle los auxilios que esten en su posibilidad. Al general D. Joaquin Ramirez y Cesma prevengo tambien marche inmediatamente con su division, como le tenia ya prevenido, á la villa de Guerrero, conocida antes por Presidio de Rio Grande, cuidando V. E. que ambos movimientos sean ejecutados sin escusa ni pretesto.

“Ningun cuidado debe haber por el puerto de Matamoros, pues ya ha marchado allí el general

D. Francisco Vidal Fernandez, con una regular division.

“Los escasos recursos de esos puntos, hacen mas necesaria la marcha de las dos divisiones á la ciudad de Monclova y villa de Guerrero, pues en Laredo es imposible permanezca toda esa fuerza reunida por que pereceria. Ya cuidaré que tanto en Moctava, como en Guerrero, tengan esas tropas cuanto han menester, pudiendo V. E. entretanto disponer de 30,000 pesos que conduce á disposicion de V. E. el coronel D. Ricardo Dromundo.

“Ninguna fuerza se desmembrará de las dos divisiones para ninguna parte, sin espresa orden mia, y solo se mantendrá á la defensiva en los puntos que se le destina.

“La línea de operaciones del ejército, debe considerarla V. E., desde de la villa de Guerrero por Monclova, hasta Leona Vicario, donde va á restablecerse el cuartel general el dia 5 del prócsimo entrante que llegaré á aquel punto. V. E. puede fijar entretanto que llegáre, su residencia en la ciudad de Monclova, como punto contrario de la línea, y desde él dirigir las órdenes necesarias en cualquiera ocurrencia extraordinaria. Al general D. José Urrea, le he prevenido permanezca en Leona Vicario, á donde debe recalar, segun me participó ultimamente, lo que servirá á V. E. de gobierno.

“En Laredo puede quedar toda la compañía presidial de aquel punto á las órdenes de sus oficiales, como de observacion, para darle parte con oportunidad de cualquiera movimiento de los

enemigos, y á cuyo efecto le dejará V. E. sus instrucciones.

“Dios y libertad. Cuartel general de San Luis Potosí, Diciembre 28 de 1835.—*Antonio Lopez de Santa-Anna*.—Exmo. Sr. general D. Vicente Filisola, 2º en jefe del ejército de operaciones.”

No podemos menos de fijar nuestra atencion aunque sea por un instante en esta providencia, y observar que por ella, no solo se hizo marchar cerca de setenta leguas á retaguardia á la seccion del general Cos, sino que siendo esta la que habia sufrido el sitio y ataques de Béjar, era tambien de las peores alimentadas, vestidas, calzadas, armadas y montadas, y mas de la mitad de los hombres que la componian, era de los reemplazos que el mismo dia de la retirada del general Cos, habian llegado á dicha ciudad, desnudos, descalzos, enfermos de los piés, y casi estenuados y sin fuerza alguna por las penalidades que pasaron en cerca de cuatrocientas leguas del camino que anduvieron en cuerda y mal asistidos, bajo de todos respectos. Así que á mas del desaliento que debieron infundirles la retirada y la capitulacion de Béjar, eran los menos útiles porque se hallaban sin la mas mínima instruccion en el uso de las armas, &c. &c. No hubiera sido mas justo, conveniente y económico, que los quince dias que emplearon en retroceder hasta Monclova, y los otros tantos que despues necesitaron para volver á Rio-Grande que está á igual distancia de Béjar que Laredo, los hubiesen aprovechado en reponerse, equiparse, é instruyéndose al mismo tiempo en esta

última poblacion? Desde luego que sí, por que por mal que lo hubiesen pasado en esta villa, siempre habria sido mejor que caminando las ciento cincuenta leguas que anduvieron inutilmente, sin que pudiesen ser motivo bastante para esta continua fatiga, la sola consideracion de que podian venirlos á atacar los enemigos hasta allá, y por que ademas que los que tomaron á Béjar no habian sido en tanto número que podian hacer recelar este movimiento, habia tambien el que siendo los mas de estos voluntarios y hombres que tenian familias, luego que consiguieron aquel triunfo se habian dispersado para ir á verlas y atender á sus quehaceres domésticos. Por otra parte no habia ningun inconveniente para que se hubiese quedado en Laredo; tambien la division del Sr. Cesma, porque tampoco podia estar, como no estuvo, mejor atendida en Rio Grande, de lo que pudo estar allí: se hubiera ahorrado al menos seis días de marchas; y ademas, si á la division del Sr. general Cos no se consideraba segura en Laredo, menos lo debia quedar la sola compañía que quedó guarneciéndola. ¡Venir los enemigos hasta Laredo! ¿Y qué mas podiamos desear? Así nos hubieran ahorrado diez días de marchas.

Pero como debió cumplirse sin embargo con las órdenes del general en jefe, inmediatamente se comenzaron á tomar las providencias que en ellas se indicaban, no solo para la seguridad de los departamentos sino tambien para el acopio de viveres, caballos, transportes, &c.: se dieron mas meditadas é importantes instrucciones al

capitan de la compañía volante de Tamaulipas, D. Manuel Lafuente, que debia quedarse de guarnicion en aquella villa, y se despacharon descubiertas y espías sobre Béjar, &c. &c.

Concluidos estos preparativos el mismo dia que acababa de pasar el rio, el general Ramirez, 5 de Enero de 1836, continuó la marcha para Rio-Grande, y la del Sr. Cos no pudo acabar de pasar el rio, hasta el dia siguiente, pues no habia mas de dos canoas para trasportar la tropa y el cargamento.

Concluido el paso de la seccion del general Cos, el dia 6 muy tarde, fueron á pasar la noche sobre la orilla derecha del rio, y el 7 emprendieron la marcha con direccion á Monclova, que como debió ser por el mismo camino que antes habia traído el Sr. Cesma, fué asimismo penosísima por la falta de agua, no obstante, que se tuvo la prudencia de emprender la jornada, al fresco de la tarde, hasta á cosa de las diez de la noche, que se acampó en el paraje llamado de la Charretera. Este es un llano cubierto de un hermoso pasto, á cuya inmediacion hay leña en abundancia; y como se habia tenido tambien la precaucion de llevar todas cuantas mulas se pudieron conseguir, cargadas de barriles de agua, tanto para que pudiesen poner los ranchos allí, como para que no faltase lo necesario para apagar la sed de la tropa, esta segunda noche se pasó sin gran trabajo.

A la madrugada del dia 8, se hicieron salir todas las mulas que se habian llevado cargando agua, para que con la prontitud posible, fuesen

al paso del *Tasajo*; corriente abajo del mismo *Rio-Salado*, y distante del de la *Laja* seis leguas, camino el mas derecho para Lampazos, á cargar de nuevo de agua, para volver á encontrar con ella la division en la tercera jornada, distribuyéndose primero la que habia quedado del dia anterior; y antes de salir el sol emprendió la marcha con toda la tropa con direccion al mencionado paso del *Tasajo*. Pero el dia fué tan caloroso; el polvo del camino tan molesto; y la escasez del agua apesar de cuantas precauciones se pudieron tomar para disminuir la fatiga de la tropa, esta experimentó una sed que la abrazaba, y muchos por socorrer á sus familias, no podian aliviarla ni con una sola gota.

Despedazábase el corazon al ver esto, especialmente á muchas mugeres que con sus niños en los brazos, casi espirando de sed, clamaban por agua á las infelices madres que, solo les podian dar por bebida, las lágrimas que derramaban.

No hubo gefe ni oficial alguno que reservase un solo trago para sí; y el mismo general Filisola que llevaba en su quitrin dos grandes *huages* llenos de agua, se ocupó en persona, de socorrer con ella á los mas necesitados, yendo á la carrera, de una parte á otra, hácia atrás y hácia adelante, para distribuirla con mayor regularidad y prudencia; y cuando la hubo comunicado, partió á todo escape hácia el rio, para apagar la sed que lo devoraba á él tambien, y activar la vuelta de las mulas que habian salido desde la madrugada como ya queda dicho. Po-

cos momentos despues comenzaron á llegar algunas mulas de estas, á la cabeza de la columna, y entonces se entró en otro embarazo, porque todos querian beber á un tiempo, hasta que con la llegada de las demas, y el empeño con que los gefes y oficiales hicieron guardar algun orden, se logró regularizar en cuanto era posible la distribucion del agua, y que sucesivamente fuesen todos satisfaciendo aquella horrible necesidad, á cuyo efecto, el general Filisola hacia volver inmediatamente cargadas de agua, cuantas mas mulas iban llegando al rio, cargadas con equipages y municiones, y aprovechándose de los barriles, de los atajos, y de cuanto mas podia ser útil; y como luego sobrevino la tarde, y el viento comenzaba á refrescar, poco quedó que padecer á aquellas gentes.

No sucedió asi á muchos de los desgraciados reemplazos de Morelos, por que se hallaban tan débiles y tan poco acostumbrados á la fatiga de las marchas, que se habian atrasado mucho; y aunque se les mandó agua en toda diligencia, varios de ellos no la llegaron á beber, porque los encontraron exánimes: otros murieron al beberla; y otros, en fin, apenas se libertaron con mil trabajos despues de haberla bebido.

Los del general Cos, coronel Condelle y demas oficiales de su batallon fueron tales, que á pesar de no tener menos sed que la tropa, no la abandonaron ni un solo instante, hasta no llegar al mismo rio, que como ya fué de noche, aquella necesidad se les habia mitigado algun tanto con el fresco, y con los muy pocos tragos

que como todos los demas, tomaron en el camino (1).

(1) Las tropas de Napoleon aunque tan valientes y sufridas, como todo el mundo sabe, en trabajos semejantes á los que acabamos de mencionar de las nuestras, si bien no las abatieron, no dejaron de manifestar toda la exasperacion y descontento que las nuestras no mostraron, como puede comprobarse comparando este pasage con el siguiente de la historia de Napoleon en Egipto.

“En su marcha para el Kairo á través del desierto la division Dessaix, que formaba la vanguardia padeci6 tanto por la falta de agua y el ardor del sol, que el mismo Dessaix, tan difi6cil de conmoverse en los mayores peligros, particip6 del abatimiento de sus soldados, y escribi6 al general en gefe: “Si el ej6rcito no pasa el desierto con la rapidez del rayo, perecerá.”

Las tropas soportaron con paciencia fatigas tan nuevas para los soldados acostumbrados á combatir en los llanos fértiles de Italia y Alemania. Su sed no podia ser suficientemente apagada por el agua salobre de un corto número de pozos que se hallaban en el camino, y se les aumentaba al contrario por las engañosas ilusiones de la vista, que cambiaban en agua fresca y limpia los ardientes vapores exhalados del seno de la tierra; era este el suplicio de Tántalo, que se renovaba cada día; las olas huían á medida que procuraban alcanzarlas. Para cúmulo de desgracia, cuando estuvieron cerca del Nilo y el agua se hizo abundante, las tropas que habian recibido pan por muchos días y que se lo habian comido con la imprevision del soldado, se encontraron faltas de víveres y se vieron reducidas á alimentarse de zandías, alimentos acuosos, mal sanos y debilitantes.

El general en gefe participaba de las privaciones de los soldados, y soportaba con paciencia sus murmullos, seguro, como Cristobal Colon en medio de sus marinos irritados, de llegar pronto al objeto de su expedicion; pero no tenia las mismas miras para con los generales, y oyendo las maldiciones que uno de ellos proferia públicamente: “Callaos, general, le dijo; no me asustan vuestros seis piés de altura, y si continuais escitando el descontento del ej6rcito, antes de una hora os mando fusilar.” El general call6, pues sabía que Bonaparte era hombre capaz de ejecutar su amenaza.”—A. HUGO.

De resultas de esta horrible jornada, perecieron treinta y dos hombres y muchas mugeres y niños de los que seguian á la division (1).

(1) Hé aquí uno de los graves inconvenientes de la corruptela introducida en nuestros ej6rcitos de tolerar que los acompañen las familias, mugeres y muchachos que tambien se agregan á éstas, y para hacer mas perceptibles sus funestas consecuencias, podemos observar que no son las incomodidades y escasezes que producen en las divisiones el peor de ellos; hay otros mas perjudiciales y trascendentales á las buenas costumbres y á la moral: si estos hombres tienen mugeres todavía jóvenes ó hijas en buena edad, la miseria y las ocasiones las hacen prostituirse; y de ahí no solo la desercion sino la corrupcion, las enfermedades tan comunes en nuestros soldados, las riñas y aun los asesinatos. Pero permitámonos, sin conceder, que nada de esto suceda y que estos desgraciados, escarmentados permanecen constantes en sus banderas, ¿qué ventajas resultan de esto al ej6rcito? En primer lugar ya están viejos, débiles, achacosos, y por lo mismo casi se viven siempre en los hospitales; en las marchas son pesados y faltos de disciplina; porque atrasándose ya por no poder continuar, ó porque no viendo á sus inmediaciones sus hijos y mugeres, se hacen remolones para acompañar á éstas ó cargar aquellos, y en viéndose fuera de las filas roban, atropellan y hacen á los habitantes y transentes cuantas estorsiones y perjuicios pueden. Por otra parte, y no es lo que menos consideracion merece, cada regimiento es un convoy de chiquillos y mugeres que á la redondá todo lo pillan, destrozan y aniquilan; y cuando el pobre soldado que va en su fila llega al parage del descanso ni agua encuentra, porque esta gentuza, á manera de la langosta, todo lo han devorado ya. Llega el momento de una funcion de guerra y todos estos soldados casados, y los que son amigos de sus mugeres ó hijas, cuidadosos de su suerte en lugar de prestar atencion á la voz de su gefe, en dirigir bien su fuego y ejecutar las maniobras que le son mandadas con prontitud y precision, solo están pendientes de un momento favorable para abandonar sus filas é irías á cuidar. De este modo debilitan las líneas, originan claros en ellas, hacen aparecer mayor el efecto del

fuego enemigo, y desalientan y predisponen á sus camaradas á abandonar su puesto. Entre tanto, ellas por su parte, y las criaturas por otra, lloran, gritan, andan á carreras por la retaguardia y flancos de las tropas, sin que basten ningunas precauciones para evitarlo, les llaman la atencion, aumentan la confusion y infunden miedo en los suyos, al paso que alientan á los enemigos; porque interpretan este desorden desde lejos, ó á un principio de retirada, ó derrota.

Si se presentan todas estas ventajas en la accion, ellas no se minoran ni aun en el caso favorable de ganarse, porque entonces se insolentan y mezclan en las filas para saquear á los heridos y muertos, y convidan á sus allegados á imitarlas, quienes en vez de continuar y hacer mayor sus ventajas con el alcance, se detienen en el despojo, minoran los efectos de la victoria, y tal vez exponen á su ejército á malograrla, por una pronta reaccion del enemigo, que no viéndose perseguido con decision y fuerza se reanima, vuelve sobre ellos, y cogiéndolos diseminados los arrolla. Pero estos males suben de punto y son mucho mas terribles y trascendentales en un caso desfavorable en que sea preciso abandonar el campo al enemigo por medio de una retirada en orden y honrosa. Aquí si son los trabajos: estas desgraciadas familias hacen entonces subir hasta el firmamento sus gritos y gemidos, embarazan los caminos con sus personas y chiquillos, de todos imploran auxilios para no caer en poder de los enemigos, entorpecen no solo el buen orden de la marcha, sino que la hacen sumamente pesada, y aun la impiden. Los maridos y padres se hallan destrozados entre los deberes de sus clases y las afecciones y gritos de la naturaleza: por fin vence ésta, se separan de sus filas, bien sea para aliviar á la amada compañera de sus trabajos é infortunios, ó para coger en sus brazos á sus tiernos hijos que levantándolos hácia ellos les piden entre lágrimas y sollosos su amparo y proteccion; cansados ya y desfallecidos de hambre. Comienzan por este simple acto de natural compasion, no tardan despues en fatigarse, y queriendo aligerarse de estorbos, porque ya los agobian, entre el fusil, las municiones, la consorte y los hijos, poco tienen que dudar, se deciden en favor de estos objetos de su ternura y cariño, arrojan las armas y municiones quedándose indefensos, porque ya en tales circunstancias las reputan

mas bien por perjudiciales que útiles, hallándose próximos á ser presa de los adversarios: si logran escapar de ellos es á merced de hacer esfuerzos sobrenaturales y de estraviar caminos, cogiendo las barrancas y lo mas intrincado de los montes. Así se alejan de sus banderas: los ruegos de sus mugeres y la compasion de sus hijos los deciden á no volver mas á ellas y á evitar nuevos riesgos y penalidades; y de este modo aumentan las malas consecuencias de una accion desgraciada; y en verdad que no hay cosa mas natural. ¡Y si no dime tú, amigo lector, si acaso sabes lo que es tener muger y hijos, qué es lo que hicieras en tales circunstancias?—EL AUTOR.

XX CAPITULO

